



FORUM

CRÓNICAS DE NARNIA. EL LEÓN,
LA BRUJA Y EL ARMARIO.
OTRO VIAJE A LA MEMORIA IMPERECEDERA

ARTURO SEGURA

Durante la II Guerra Mundial, los cuatro hijos de un oficial del ejército británico son evacuados a zona más segura lejos de los bombardeos, a una mansión en el corazón de la campiña inglesa. Allí, empezando por la pequeña *Lucy*, irán descubriendo las maravillas que un simple armario puede encerrar para quien quiera verlas.

Adaptación del primer libro publicado de las popularísimas *Crónicas de Narnia*, escritas por el erudito y profesor universitario Clive Staples Lewis, entre 1950 y 1956, y ahora coproducidas por Douglas Gresham, uno de los hijastros del escritor.

No es propósito de esta reseña dedicar más espacio a hablar de lo ya sabido a través de la vacía mercadotecnia publicitaria –datos y más datos, cifras y curiosidades–; nada más lejos. Tan sólo pretendo llamar la atención sobre varios matices de este inicio de la nueva saga que me parecen dignos de ser reseñados.

En primer lugar e inevitablemente, surge la comparación con la obra literaria de C. S. Lewis, y es posible decir que, a diferencia de lo ocurrido con gran parte de la adaptación de *El Señor de los Anillos* de Peter Jackson –otra inevitable comparación–, en la que bastantes personajes, pasajes y espíritu –piedra angular de toda adaptación– quedaron seriamente dañados, en *Narnia*, la sensación es de alta fidelidad a su espíritu particular, a pesar de los abundantes cambios y licencias del guión.

Así, y aun pesando como un lastre la floja versión doblada, por un lado quedan protegidos algunos personajes como *Aslan*, los hermanos *Pevensie* o los castores –de los cuales, afortunadamente, Disney no ha hecho estereotípicos bufones *made in USA*–; el sentido del humor, de alma genuinamente inglesa, y que cuenta con licencias felizmente

coherentes con la creación original; y, especialmente, todo lo concerniente a los temas de fondo que mayor entidad le confieren: la traición, el remordimiento, el arrepentimiento, el perdón, o la literal reproducción del momento clave de la historia, han quedado preservados de adulteraciones que hubieran traicionado, si no anulado, el citado espíritu.

En el otro lado, una vez más, un intachable despliegue técnico digital y espectáculo visual de luz y color; muy bien. Pero, por no poner más ejemplos ¿hay alguna diferencia de concepción entre los rodajes y diseños de producción de la *Batalla de los Campos del Pelennor* en *El Retorno del Rey*, y la de los *Vados de Beruna* en *Narnia*? Me remito a las objeciones que Tarkovski ponía al montaje de las batallas del *Alexander Nevsky* de Eisenstein. Práctico y eficaz relampagueo, sí; pero no el único ni mejor modo de, en este caso, enseñar a un niño o a un púber, principales destinatarios de la producción, cómo es una batalla, la naturaleza del mundo o su infinidad de maravillas.



Parece como si una maldición pesara sobre esta reciente manera de hacer cine, y sus ambiciones lo hubieran convertido en un torneo entre *Gandalfs* narcisistas, atiborrados de *delicias turcas* y glotones de sus artes más simples, que hubiesen olvidado sus excelsas identidades, y sólo se conformaran demostrando su pericia con los fuegos artificiales; hermosos quizá, pero fugaces y efímeros; como si les quedara grande la dimensión del corazón humano. Y es que, como dice Aldous Huxley en *Un Mundo feliz*, "Occidente morirá de diversión".

Pero continuemos con las manías. De nuevo, más disección de espacios fílmicos: queda uno con las ganas de poder deleitarse en los trabajos de dirección artística, en los espacios interiores, las panorámicas, los paisajes, las matizadas y verosímiles

actuaciones..., pero el montador, otro más, inos lo prohíbe! En consecuencia, más incomodidad visual ante la realidad – por *fantástica* que ésta sea–, tan pragmática como innecesariamente troceada; más falta de talento para la plasmación en imágenes del misterio mayúsculo –alegoría del sacrificio total de Cristo por amor–, que tiene lugar en *Narnia*. Y es que la prisa, una vez más, se lleva la majestad del momento. De ahí que la literalidad, como la mejor tecnología digital o un montaje sin buen guión, no lo sean todo para la adaptación cinematográfica.

De este modo, ante el calibre de semejantes carencias, comunes en todas estas producciones hasta la fecha, ya desde los comienzos de la saga *Star Wars*, dudo que sea éste el modo idóneo de ayudar, por un lado, a contribuir a un progresivo reconocimiento como cultura *seria* del mito literario recreado en pleno s.XX, y por otro, a matizar y ajustar posturas que obliguen a llevar a cabo una necesaria y rigurosa redefinición de conceptos como *Fantasia*, *Literatura Fantástica*, etc, que derogue tantos prejuicios y estereotipos. Sinceramente, pienso que a autores como Lewis o Tolkien, les corresponde en justicia otro tratamiento que el olvido o el denuesto.

Visto lo visto, he de confesar que todo lo relacionado con el inagotable universo del mito –en mi caso, y por hondos motivos existenciales, el norteño europeo, Tolkien y Lewis incluidos–, me ha apasionado crecientemente conforme mis días también crecían.



Las razones son diversas. Quizá los más sobresalientes puedan venir dados por el aliento misterioso en que, por su propia naturaleza, se encuentra envuelto el mito, y que tantas y tan sugerentes preguntas sin respuesta aparente suscita. La constante recurrencia a lo mágico y asombroso, aspiración inherente al ser humano, que en una suerte de bruma inmemorial se nos ha legado; la estrecha vinculación con lo más primigenio y genuino de la identidad humana y el misterio que lo anima; el profundo conocimiento que de ésta desprende; todo lo

relacionado con un inspirador acervo común que conformaba las memorias individuales y colectivas; el telúrico amor de dependencia –según el concepto del propio Lewis–, en este caso del mundo natural y cotidiano; esa devoción a la tierra que destilan sus pasajes, transidos hasta el tuétano de una cierta mirada –hoy en claro proceso de extinción–, plena de *ingenua sabiduría*... Todos ellos son elementos en los que el tiempo y las vivencias personales han hecho crecer una recia vinculación emocional.

Quizá por estas razones –no son las únicas–, podría ser a priori un ciego y entusiasta defensor de este tipo de películas con que el inicio de milenio se está regalando. No obstante, continúo con mis objeciones.

Como genialmente transmitió el inmortal John Ford en *El hombre que mató a Liberty Valance*, echando la vista muy atrás, y en tanto que contador de historias, también el cine ha estado siempre estrechamente vinculado a registrar la historia, la leyenda y el mito por un lado, pero por otro, a generarlo en el desempeño de su labor, hasta el punto de haberse convertido en el aglutinador principal de esta humana necesidad -con permiso del deporte y la TV-, casi desde sus inicios.

No es de extrañar por tanto que tantas generaciones –especialmente las de las posguerras de mitad del siglo pasado–, hayan visto en gran medida prolongadas y hasta conservadas sus respectivas edades de la inocencia, y, en consecuencia, sean deudoras del imaginario colectivo rescatado y alimentado por el Séptimo Arte.

Fascinante fenómeno, explicado quizá en el mero hecho de que, por haber nacido y crecido bajo el poderoso influjo de sus iconos e imagerías, fue posible, gracias a los riesgos asumidos desde la adaptación y la recreación artística –no sólo la literaria–, el acceso a una progresiva ilustración más o menos profunda de amplios

sectores de las generaciones referidas: ¿cómo olvidar si no, los populares y abundantes círculos de *Cine de Arte* y *Ensayo* que tanto abundaron durante las décadas de los 60 y 70?

Así pues, y buscando de nuevo el entronque con las fuentes inspiradoras de la *Narnia* de 'Jack' Lewis, tampoco resulta extraño encontrar entre muchos de aquéllos, personas que, ya en la madurez, todavía recuerdan con cariño, y aun añoranza, las películas de aventuras medievales – *Robin de los Bosques*, *El Halcón y la Flecha*, *Ivanhoe*, *El Príncipe Valiente*, *Los Vikingos*, *El Señor de la Guerra...*–, ecos paralelos o indirectos de algunos de los mitos referidos con que la industria, principalmente la hollywoodiense, alimentaba los sueños de aquellos difíciles años.

Por tanto, ¿por qué no pensar, e incluso desear que estemos asistiendo a un naciente fenómeno similar con las recientes incursiones cinematográficas en el cuento juvenil –serie de *Harry Potter* –, o el mito literario –sagas de *El Señor de los Anillos* o la propia *Narnia* – a que aludía más arriba?

No hay duda de que, para bien o para mal, vivimos una época radical y dramáticamente diferente. La triste y fatal brevedad de las edades más tempranas, acortadas en gran medida por la aparentemente ilimitada influencia de las industrias del entretenimiento, o el atrofiante efecto de las técnicas de mercadotecnia, que una vez tras otra repiten la misma fórmula, seguras de la consistencia de un molde cinematográfico común para este tipo de películas –nada más miedoso y conservador que "*poderoso caballero don dinero*"–, da como resultado *seguros* productos en los que siempre nos topamos con historias de honduras mutiladas, aristas pulidas en exceso, y más dirigidas a la dimensión sensitiva del ser humano que a la escala



propia mente humana: razón, inteligencia, sensibilidad, emotividad... Como consecuencia, al final de cada trecho recorrido reposa en el público una alarmante carestía de referentes culturales, las más de las veces nacidos del prosaico horizonte televisivo.

Por todo ello, pregunto: ¿está hoy día la democrática y masificada cultura popular facilitando a nuestra juventud una temprana y real impregnación de su ingente memoria Cultural? ¿Están los jóvenes occidentales del cambio de milenio capacitados para desvelar e identificar –no ya desentrañar– la alegoría contenida en *Narnia*, o ésta será percibida como otra genérica historia de genéricos buenos sentimientos y genérica lucha entre el Bien y el Mal?

Queda en definitiva un aburrido *más de lo mismo*, aunque, ciertamente, más matizado que de costumbre; una especie de atrofiado armatoste tras el cual se encuentra otra senda hacia el mismo transitado camino al país de la impersonalidad.

Sin embargo, es evidente que muchas vocaciones lectoras están despertando a la luz de estas imágenes, motivo suficiente para la esperanza. De modo que, por favor, de verla, que sea en la versión original –subtitulada para los que todavía no sabemos suficiente–, pues puede que así llegue a resultar más fácil entrar en el armario cálido y no interpretable de los hermanos *Pevensie*; ése cuyos abrigos no son más que abrigos, y tras el cual, la magia es ni más ni menos que eso mismo.